



Estudios de Teoría Literaria
Revista digital: artes, letras y humanidades
Año 4, Nro. 8, septiembre 2015
Facultad de Humanidades / UNMDP, ISSN 2313-9676

**Las razones de la selva: una selección de *Viaje a Misiones*,
de Eduardo L. Holmberg¹**

Sandra Gasparini²

Recibido: 03/08/2015
Aceptado: 10/08/2015

En el siglo XIX, en el que la novela de aventuras llevó la imaginación de sus lectores hacia parajes exóticos ubicados fuera del ámbito europeo o en el corazón mismo de las nuevas naciones americanas, quedó definitivamente planteado que no hacía falta convertirse en un viajero “real” para narrar un viaje: la construcción de mundos a partir de palabras –operación que, fundamentalmente, practica la literatura– y de documentación transformó al viaje imaginario en un sucedáneo que entusiasmaba a quienes leían folletines todas las semanas.

Los relatos de viajes imaginarios convivieron, indudablemente, con los de viajes empíricos que hicieron enviados comerciales y científicos de Europa hacia América, África y Asia o los que harían luego diplomáticos de naciones periféricas a países europeos.

A principios de ese mismo siglo Alexander von Humboldt inauguró, con su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* en treinta tomos, otro modo de representar América. En 1839, Charles Darwin, un científico de gran popularidad pero aún muy joven publicaba su *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, donde relataba su larga travesía en la nave del capitán Fitz Roy, itinerario que funcionaría como la base experimental de su teoría de la selección natural de las especies. Este sustrato discursivo sobre los viajes y expediciones científicas que se había ido construyendo desde que los cronistas de Indias enviaran sus informes a los gobiernos europeos –y que había dado un giro a mediados y fines del siglo XVIII con La Condamine y Humboldt– tuvo en la Argentina de los años veinte del siglo XIX el suplemento de los textos producidos por viajeros ingleses.

La escritura de *Viaje a Misiones*, de Eduardo L. Holmberg, pertenece a una etapa diferente de la historia nacional de la literatura de viajes. Cuando se proyecta, por ley, en 1875 la “exploración científica de los territorios nacionales” se genera a mediano

¹ Este texto es una adaptación de la “Introducción” de Sandra Gasparini a Eduardo L. Holmberg (2012), *Viaje a Misiones*. Entre Ríos: Eduner.

² Doctora por la Universidad de Buenos Aires, área Literatura. Docente en la cátedra de Literatura Argentina I (A) de la carrera de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Contacto: sandra_gasparini@hotmail.com

plazo, en los 80, una narrativa que se enfoca en medir, describir y evaluar esas tierras en informes que tienen mucho de autobiográfico y de diario científico (Torre 2003: 534). Ése fue el caso, por dar solo algunos ejemplos, de *La conquista de quince mil leguas*, de Estanislao Zeballos, o de los dos *Viajes a la Patagonia* (austral y septentrional) de Francisco P. Moreno. Publicado probablemente en 1889, aunque el pie de imprenta es de 1887, *Viaje a Misiones* integra una serie mayor en la que se ubican los relatos de los viajes del naturalista a la Patagonia, Tandil, sierras de la Tinta y Curamalal, entre otros.

La vida pública de Eduardo Ladislao Holmberg se repartió entre la enseñanza de Historia Natural en prestigiosas escuelas normales, su estrecha relación con el mundo científico académico de la Universidad de Córdoba y de la Universidad de Buenos Aires, los viajes científicos encargados por el Estado nacional dentro del territorio argentino y una importante producción literaria, científica y periodística que se ha comenzado a conocer recién en las últimas décadas por hallarse dispersa en folletos y publicaciones periódicas de su tiempo. Médico diplomado, naturalista autodidacta y narrador excepcional fundó con sus ficciones la fantasía científica y el policial nacionales.³ Su participación en debates a favor del transformismo y de la figura de Darwin, por cierto resistida en los ámbitos académicos de la década de 1870 –cuando publicó sus primeras novelas–, lo convirtieron en un personaje controvertido para unos y entrañable para otros, como puede constatarse incluso a través de caricaturas publicadas en revistas contemporáneas.

Herederero de un nombre que lo ubicaba en el seno de las familias patricias porteñas, Holmberg no viajó a Europa como muchos de sus colegas y letrados amigos. Su participación en la creación del Jardín Zoológico de la ciudad de Buenos Aires fue muy activa y alcanzó ribetes confusos al final de su gestión. Su figura condensa los cambios experimentados por los letrados de fines de siglo XIX en el marco de un proceso de modernización que conllevó la consolidación de la esfera estética y estuvo signado por la institucionalización de la ciencia nacional.

La tarea de Eduardo L. Holmberg como naturalista –se doctoró en Medicina aunque no ejerció esta profesión– se apoyó principalmente en la entomología, pero su saber enciclopédico y una incansable avidez por la lectura de novedades científicas, tecnológicas y de literatura lo convirtieron en un narrador singular. Como se ha expresado, escribió las páginas inaugurales, en nuestro país, de por lo menos dos géneros modernos: la fantasía científica y el policial.

Sus libros de viaje se perfilan como relatos de la aventura del saber. Al narrar un “viaje científico” se compromete con la divulgación de esos saberes recogidos a la vera del camino al tiempo que cumple con la obligación de rendir cuentas a la institución que lo sostiene, la Academia Nacional de Ciencias. Mientras escribe *Viaje a Misiones*, Holmberg es convocado para la creación y dirección del Jardín Zoológico de la ciudad Buenos Aires (1888), cuestión que emerge en una mención breve de las “adiciones y enmiendas” agregadas durante ese año al texto. Esta empresa también formó parte de su proyecto de divulgación de las ciencias, sobre todo de las naturales, de las que fue un

³ Vale aclarar que se considera a *La huella del crimen*, de Raúl Waleis (seudónimo del jurista y periodista Luis V. Varela), de 1877, como la primera novela policial argentina. En 1896 Holmberg publicó “La casa endiablada” y “La bolsa de huesos”, *nouvelles* que participan de varios rasgos del género.

profesor sumamente respetado. En este sentido, el texto sobre el río Paraná y sus islas incluido en el Apéndice es una muestra clara de su participación en este proceso.⁴

Holmberg emprende este viaje a Misiones convaleciente de fiebre tifoidea, enfermedad que había contraído en la sierra de Curamalal, donde había sido comisionado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires en 1883, y azotado por la muerte de uno de sus pequeños hijos, mientras que en 1888 nace Luis, quien escribirá su biografía en 1952. El financiamiento del viaje por la Academia es parcial, por lo que los expedicionarios son presentados en el relato casi como entrenados sobrevivientes de una empresa colosal, producto del esfuerzo colectivo. Los días de espera entre un vehículo y otro, la buena disposición de los funcionarios públicos o empresarios que resuelven finalmente sus traslados funcionan como indicadores de que, más de una vez, el grupo depende de lo que el azar les depara.

El primer capítulo comienza en Paraná en marzo de 1884 y el viaje se cierra con el regreso de Misiones a Buenos Aires en 1886. La cantidad de “exploraciones científicas”, como las denomina Holmberg, es tal en ese momento que el narrador ironiza sobre la imposibilidad de diferenciar las *verdaderas* de las *apócrifas*. Por eso prefiere llamar a la suya “excursión” o “Comisión”.

Viaje a Misiones es presentado por Holmberg como la “primera parte” de un “libro de viaje” que tendría su segunda versión en un libro científico futuro para especialistas.⁵ Pero dentro del mismo relato aparece, a su vez, anunciado otro, materialmente comprobable porque está ahí, a vuelta de página, como si el hilo argumental fuera brotando y desgajándose a la manera de una planta. Se trata de una “segunda parte” que comienza en el Chaco, después del viaje a Paraná:

Bajo el imperio de estas convicciones, bajo la presión del plazo que me había marcado y después de despedirme de mis antiguos y nuevos amigos y conocidos, regresé a Buenos Aires, donde pude entregarme al estudio y preparación de los materiales reunidos, estudio que ahora incluyo en este informe general (*Segunda parte*).

Es decir que el libro va organizándose por la superposición de distintos momentos de escritura que la voz narradora irá ordenando en un intento de normalizar la diversidad de desplazamientos a distintas zonas del litoral y de lapsos que transcurren durante esas travesías.

⁴ “Formación del Paraná y sus islas” forma parte de una antología de lecturas para los cursos de maestros en las escuelas normales publicada por Carlos O. Bunge en el marco del Centenario (1910), en la que comparte la sección “I. En la región oriental” junto con fragmentos de textos de Luis L. Domínguez y Marcos Sastre, entre otros autores.

⁵ No se han encontrado publicaciones científicas que complementen este volumen, aunque Holmberg vuelve al tema al menos en una conferencia (1894), en una reseña del viaje de Florencio Basaldúa a Misiones publicada en 1899 y en “Misiones y su suelo”, en *Apuntes de Historia Natural*, I, 4 (1909). La bibliografía científica elaborada en 1922 por Cristóbal M. Hicken, su discípulo, con información suministrada por aquél, carece de datos sobre otra versión de *Viaje a Misiones*, por lo que la consideramos la única existente.

Zonas: entre *archipiélagos flotantes* y restingas

El viaje comienza dos veces. La expedición parte en marzo de 1884, de Buenos Aires a Paraná, desde donde se traslada a la ciudad de Santa Fe, y regresará luego de varios días al punto inicial, como un preludio del viaje a Misiones. En enero de 1886 zarpa hacia el Chaco, a explorar el arroyo Quiá y luego a las ciudades de Corrientes e Ituzaingó, puerto final antes de partir a Posadas en febrero del mismo año. La Comisión regresará a Buenos Aires a fines de marzo.

Durante la narración del viaje una gran variedad de personajes transitan páginas cargadas de hallazgos y demoras. Los ayudantes (de expedición y de museo) y los guías actúan como una multitud que se mueve alrededor del naturalista, acompañando y completando su actividad en el proyecto que lidera. Los funcionarios gubernamentales van propiciando tanto los medios de transporte como los alojamientos donde la expedición se instala, además de proveer contactos que profundizarán los canales de la comunicación científica. Según la perspectiva adoptada por el narrador viajero, los ayudantes parecen trabajar más productivamente que los sabios y son verdaderos “personajes” de novelas de aventuras. Identificados con nombres y apellidos, Constantino Solari, perfilado casi épicamente, y Antonio Pitaluga, su *alter ego* de saber enciclopédico y aguda sensibilidad artística, constituyen un contrapunto permanente para la línea narrativa central que tiene al naturalista y su empresa como protagonistas. Ambos representan sujetos históricos que remiten a sujetos sociales de un proceso de emergencia y consolidación de nuevos actores en la esfera científica argentina. De la misma manera, Toribio Ortiz, ayudante de museo del profesor Scalabrini, es presentado como un pilar fundamental del proyecto arqueológico llevado a cabo por el director del Museo de Paraná, a la vez que es aprovechado como asistente en las excursiones breves realizadas por la comisión en la zona.

Holmberg logra construir realmente un relato pleno de sucesos gracias a las dilaciones intermitentes del tan deseado viaje. Las esperas en las zonas portuarias que el grupo de exploración llena con excursiones relámpago para recolectar ejemplares de flora y fauna o con visitas a personalidades de la ciencia o a empresarios no hacen más que pausar un itinerario que se narra ágil y vertiginoso. La presencia inevitable del río Paraná parece ocuparlo todo, ya sea como vía de comunicación o como fuente de recursos alimenticios.

La mirada del naturalista va organizando regiones, reclasificando territorios: Misiones, Chaco y Paraguay son presentados como unidad faunística. La “gobernación de Misiones” –como aparece en la prensa contemporánea–, territorio nacional desde 1881, cuando fue separado de Corrientes, es sobre todo una región misteriosa cuya maleza debe desbrozar el ojo científico para exponerla en este informe. La colonización de Misiones definió a fines del siglo XIX un imaginario de la selva (configurado en el marco de procesos concretos de poblamiento colono en el territorio misionero) en tanto ámbito amenazante, cuestión que concluyó generando una oposición tajante entre naturaleza y cultura (Wilde 2008: 197; véase Silvestri 2010).

En *Viaje a Misiones* el litoral entero se construye como reservorio de la biodiversidad y de recursos económicos; como fuente de narraciones orales –a las que se superpondrán las narraciones científicas, escritas– y como elemento diferencial, específico para organizar la vasta geografía nacional. El bosquejo de taxonomías de los “pobladores” de las zonas transitadas (“rudos” o “golosos”, poco “refinados”, mano de

obra esclava o propietarios), como ya lo había hecho Sarmiento en *Facundo* con los gauchos, y de clasificaciones de la naturaleza “nueva” (abejas, aves, peces, plantas) funciona como principio organizador del proyecto de nación cuyas limitaciones el texto se encarga algunas veces de resaltar.

Sobre el espacio geográfico, amenazado en las condiciones históricas de producción por los entonces recientes reclamos de límites de Brasil, se va trazando el espacio imaginario. Insectos, mamíferos, pájaros, minerales, plantas terrestres y acuáticas van organizando el relato. Se intercalan descripciones clasificatorias y etológicas que apuntan a establecer un diálogo con el lector. Las dudas y el comparatismo, incluidos como comentarios, rigen estos fragmentos discursivos que perderían riqueza si el registro enciclopédico no estuviera entremezclado con ellos.

Árboles, camalotes y raíces flotantes actúan como elementos de la historia que demoran la narración y que dramatizan la lucha del hombre con la naturaleza “infranqueable”, absolutamente estetizada, convertida en paisaje. Naturaleza que, a través de sus excesos, roza lo grotesco y lo sublime con inundaciones, aguaceros, tormentas, mosquitos y enfermedades causadas por insectos. La mirada microscópica del entomólogo observa desde las irregularidades de un rico terreno hasta los insectos más variados pasando por las consideraciones sobre los usos de la lengua y de los lectos regionales. La selva y el bosque alcanzan tintes maravillosos, mágicos y en ellos nada es lo que parece, ni los sonidos ni las luces: hasta el aullido del mono carayá puede ser confundido con el de un yaguararé.

El litoral es representado en su máxima diversidad: bañados, lagunas, arroyos, esteros, cerros, cascadas, saltos, barrancas, “bajos húmedos” (humedales), bosques, aunque de las cataratas del Iguazú (entonces “Salto del Iguazú”), mucho más al norte del terreno explorado, no se habla.⁶ Agua que corre y agua estancada, lo que flota y lo que permanece en el fondo del río son elementos que van organizando, con sus diversas corrientes, las peripecias del viaje.

Dentro de este contraste crece un motivo que atraviesa todo el relato: la conflictiva relación entre máquina y naturaleza.⁷ El vapor navega por el Paraná con un piano sonando en cubierta, interpretado por Pitaluga, estudiante de medicina aficionado a la ópera: como en el film *Fitzcarraldo* (1982), de Werner Herzog, naturaleza y cultura buscan una armonía a través de la música que, finalmente, no se hallará. Árboles caídos, cuyas raíces corroe el agua, flotan en el río y golpean el casco de las embarcaciones: mientras cruje la cadena del timón, las aguas reflejan el paisaje. La lucha entre tecnología y naturaleza se agudiza: marineros y maquinistas enfrentan “un archipiélago movable de un color verde tierno” que debe ser destrozado a punta de machete para impedir la varada del vapor. Con los arranques e inmovilidad de la nave a causa de los camalotes se escande la narración; los camalotes rotos son el signo de la apropiación humana del paisaje. Lo mismo ocurre en Misiones con las restingas que aletargan el

⁶ Este maravilloso accidente del terreno misionero-brasileño aparece descrito en los *Comentarios de Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, Adelantado y Gobernador del Río de la Plata* (1542) con el nombre de “salto de Santa María”. El cronista es citado en el *Viaje*. Ruy Díaz de Guzmán también se refiere a las cataratas como “aquel extraño salto” en su crónica conocida como *La Argentina manuscrita* (1612).

⁷ Para una aproximación teórica sobre el tema, ver el ya clásico ensayo de Leo Marx, *La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre* (1974).

paso en el Alto Paraná y con los tacurúes, hormigueros de escultóricas formas, que también se asimilan a los camalotes en su condición de obstáculos, aunque en tierra.

En el ingenio del coronel Rudecindo Roca –quien fuera el primer gobernador del Territorio hasta 1891– Holmberg celebra el examen de una máquina francesa en todos sus detalles, espectáculo que lo sume en un ensueño que hunde al bosque y al desierto en “la sombra profunda del Leteo de las cosas pasadas”. Pero este goce no es más que momentáneo: aunque la plantación y el ingenio se nutren inevitablemente de la naturaleza circundante, que transforman rápidamente en capital para su dueño, el protagonismo sigue teniéndolo el paisaje natural donde irrumpen esta máquina y una pequeña locomotora. No se resalta ya el silencioso paisaje bucólico que los románticos norteamericanos añoraban frente al bullicio asordinado de las fábricas, sino que se proyecta, en ese ruido mecánico del progreso, el futuro de un territorio que se intuye de evolución demasiado lenta. La colonia Santa Ana y su fracaso funcionan en la narración como negativo indeseable de los ingenios explotados por empresarios.

A partir de la narración de todas estas experiencias se construye un nuevo científico explorador que llega a superponerse, en la escena de los sombreros japoneses, momentáneamente con la figura del *dandy*, aunque solo para provocar hilaridad.⁸ Ese nuevo viajero, figurado en estas páginas y en las ficciones de Holmberg, coincide con el auge de las ciencias naturales en la segunda mitad del siglo XIX y con su rápido crecimiento y especialización (entomología, ictiología, geología, ornitología, etc.). El instrumental requerido en la recolección de datos y especímenes debe ser portable, práctico y capaz de conservarlos a la vuelta de la expedición, otra etapa del viaje.

La ciencia en la literatura y la literatura en la ciencia

La híbrida escritura de los relatos de viajeros científicos conjugó diversos géneros en el siglo XIX: la divulgación científica, impregnada del discurso de cada disciplina, el relato de aventuras, el atlas o guía turística y la autobiografía, entre otros.

El trabajo que Holmberg lleva a cabo con el lenguaje de las ciencias naturales, específicamente el correspondiente a la flora y fauna de las regiones recorridas, merece particular atención. La tensión entre la lengua estándar y la jerga atraviesa todo el texto, desde la descripción de los materiales del equipo del naturalista y los soportes textuales llevados a la expedición (carteras y diarios, redes y frascos con cianuro o bencina, la cámara fotográfica y las notas de viaje) hasta la generosidad en pausas descriptivas con abundancia de nomenclaturas en latín (“Hay verdadero placer en estudiar la paraglosis del palpo maxilar de la última *Eulæma* brillante cuyos tejidos no se han endurecido todavía”).

Estos segmentos forman parte de las estrategias literarias para hacer verosímil el viaje y remiten a la materialidad misma del relato, atravesado por los protocolos del género y por el pacto autobiográfico. En el capítulo IV, por ejemplo, se pondera la tarea de Rodríguez, el fotógrafo que tomó las fotografías que aparecieron en la edición original.

⁸ “[A]l principio algunas gentes los examinaban con la boca abierta, lo que no ponía en peligro nuestras mandíbulas sino las de ellas, y como veían que debajo de esos sombreros había cabezas como las otras y no zapallos ni melones, se acostumbraron a vernos así”. Esta curiosa pieza motivará un artículo de Holmberg publicado en *El Nacional* (3/5/1887).

La década de 1870 significó la base sobre la que se institucionalizó la ciencia en la Argentina en el siglo XIX. La creación de academias, sociedades y círculos científicos fue acompañada de un apoyo económico por parte del estado –no siempre generoso– que generalmente dio resultados beneficiosos para el proyecto de nación que eclosionó en la década del 80.

En la escritura de divulgación de Holmberg hay una proposición que funciona casi como un lema retomado en sus ficciones: la ciencia es enemiga de la superstición y lo sobrenatural puede ser explicado dentro de las leyes de la naturaleza. Es el principio que, de forma recurrente, organiza el relato sobre la laguna del Iberá, escenario misterioso que elige para dramatizar esa lucha. Y el revés de esta trama aparece en el capítulo IX, en el que la ciencia se transforma finalmente en sentido común o en “bien comunal”: es el caso del inexistente y mal atribuido “meridiano de Bonpland”, por el que los posadeños rigen sus relojes, y de la *Nomenclatura* de Bonpland, de la que se apropiaron los habitantes de Misiones y que es citada como fuente escrita de observaciones orales. Es decir que el discurso científico ha sido adoptado y recreado por el saber oral popular.

Otro fragmento curioso es el dedicado al isondú (gusano de cabeza de fuego) en el que, en clave de manual de entomología, se observan distintas opiniones autorizadas al respecto, sin mencionar la existencia de la leyenda guaraní por la cual la oruga es popularmente conocida (capítulo XIX). Discurso científico y género maravilloso (en clave de leyenda) entran aquí en una muda lucha cuyo objeto es que el primero opaque al segundo. En consonancia con este principio, todo parece querer ser registrado y analizado: hasta el canto del ave desconocida similar al caprimulgo, que se reproduce en notación musical.

A través de anécdotas Holmberg va insertando breves biografías de científicos extranjeros ejemplares que destacan, como hagiografías, el poder iluminador de la ciencia.⁹ Al francés Aimeé Bonpland lo termina asimilando la selva pero en él sobrevive el sabio. Al suizo Moisés Bertoni, en el comienzo de su carrera, lo expulsa la incuria argentina. Pero lo cierto es que a partir de este fracaso –y fuera de los parámetros temporales de *Viaje a Misiones*– Bertoni se radicó posteriormente en Paraguay, donde desarrolló su proyecto de colonia y publicó su obra más importante, *La civilización guaraní*.¹⁰ Son dos posibilidades de *hagiografías* de sabios inmersos en la selva y cautivados por ella.

A su vez, *Viaje a Misiones* se propone completar y corregir las clasificaciones inexactas o incompletas que naturalistas europeos habían hecho de distintas regiones del territorio. Se evidencia la necesidad de una clasificación nacional de la fauna local para apropiarse de ella, ya que las existentes, generalmente escritas por científicos extranjeros en sus lenguas originales, no satisfacen los requerimientos de esta nueva etapa de la ciencia en el país. Se discute incluso, en una extensa nota al pie, que ocupa tres páginas, la ensayada por Philip L. Sclater y Guillermo Hudson en *Aves argentinas*.

La divulgación está presente también en las consideraciones sobre la vida de las abejas, que se completan con la sugerencia de su potencial para generar pequeñas

⁹ Tomo la idea de “hagiografía científica” de Irina Podgorny (1997).

¹⁰ En la Recapitulación Holmberg menciona la radicación de Bertoni en el Alto Paraná, Paraguay. La escritura de este capítulo es evidentemente de 1889.

colonias de apicultores. Estos segmentos propios de un texto expositivo-explicativo funcionan en la narración casi como un manual y una propedéutica.

Fascinación de viajero

La relectura de la literatura de viajes estimula la actualización de textos que han sido pensados desde los códigos de géneros históricamente fechados. Es algo que humorísticamente prevé Holmberg al terminar las páginas de su libro: “En el andar de los años, las obras aisladas pierden las fechas en que vieron la luz pública. Con mano piadosa, un entusiasta o un justiciero embarulla el trabajo del autor y aun sucede que lo ilustre o deslustre con notas estúpidas...”. Es el riesgo, sin dudas, de toda edición crítica.

Clifford Geertz (1995) ha postulado la condición de viajero de todo antropólogo y, al revés, que la mirada antropológica acompaña la escritura del viaje. Con el viaje científico, el sesgo didáctico prevalece para hacer copartípe al lector y “educarlo”: se trata, entre otras cosas, de la perspectiva higienista, de limpiar el imaginario de los nuevos ciudadanos de supersticiones y de encarrilarlos en el tren del progreso. En Holmberg este sello tiene un matiz particular, marcado por el humor en sus ficciones y por una generosidad impregnada de condescendencia en su escritura ensayística y periodística. Propuesto como viaje en sí mismo y como aventura que sirve de materia narrable, el saber científico es presentado a los lectores en *Viaje a Misiones* como un bien al alcance de todos.

El viaje científico de Holmberg plantea también interrogantes políticos para una etapa de la historia y de la cultura argentinas, la del unicato juarista (1886-1890). Porque trabajar para una literatura de divulgación implica abogar por una política científica que no siempre colocó al naturalista en un lugar privilegiado y a la que apela explícitamente en la nota de remisión. Su participación en ese proceso de modernización –del cual el higienismo fue sólo una de sus manifestaciones– resultó activa aunque absolutamente lateral y crítica. De hecho, la figura principal de esta iniciativa, que forma parte de un sistema en los 80, fue Eduardo Wilde, aunque en su producción literaria puedan atisbarse también molestias e ironías sobre algunas consecuencias indeseadas provocadas por el desarrollo del *progreso indefinido*.

La verdad se impone en las páginas de *Viaje a Misiones* como correlato de la misión oficial (“he procurado reflejar fielmente mis impresiones”) y como principio constitutivo del género (“Pero los libros de viaje, escritos con pretensión científica, no están en el estilo. Están en la verdad”). Y precisamente es el estilo lo que Holmberg se plantea como problema en *Viaje a Misiones* y en toda su producción: “Trabajar el estilo es, pues, un acto de cortesía por parte del autor hacia sus lectores. Y quiero, ante todo, ser cortés”. La aparente oposición entre ciencia y poesía, planteada en la “Nota de remisión” y tematizada en buena parte de sus narraciones y conferencias, aporta a la cuestión un sesgo teórico y termina resolviéndose en una síntesis. Para recortarse de los rigores de la escritura académica declara de manera recurrente la práctica de la escritura por placer: “...sea cual fuere la forma gráfica de mi tarea, reina en toda ella el más profundo respeto por la verdad. La posición de un adjetivo no arguye en contra”.

La fascinación que produjeron en Holmberg este viaje y la escritura de esa experiencia –muy superior a la que animó sus viajes anteriores– siguió su curso verbal

en algunos artículos científicos pero sobre todo en la conferencia que dará luego de la exposición con proyección de imágenes de Juan B. Ambrosetti, de vuelta de su segundo viaje a Misiones en 1894, en la Sociedad Científica Argentina.¹¹

Entre fascinación y verdad se va tejiendo la trama del libro de viaje. Esa tensión entre la “región maravillosa”, especie de arcadia en el recuerdo posterior del naturalista, donde se escuchan el canto de los pájaros y la pluralidad de sonidos de una naturaleza idealizada, y el imperativo científico de responder al propósito utilitario del informe académico para el gobierno (que quiere avanzar sobre el territorio) funciona en *Viaje a Misiones* como un eje vertebrador y alcanza, en perspectiva, la fuerza de una poética.

Referencias bibliográficas

- Geertz, C. (1995), “Cultura”. En *Tras los hechos*. Barcelona: Paidós.
- Holmberg, E. L. (2000), “Molestias de viaje”. En *Filigranas de cera y otros textos*. Edición, estudios críticos y compilación de Enriqueta Morillas Ventura y Rodrigo Guzmán Conejeros. Buenos Aires: Simurg.
- Marx, L. (1974), *La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre*. México: Editores Asociados.
- Podgorny, I. (1997), “De la santidad laica del científico. Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna”. En *Entrepasados*, VI (13): 37-61.
- Silvestri, G. (2010), “Cuadros de la naturaleza: la retórica del viaje en el fin de siglo argentino (1878-1904)”. En N. Jitrik (dir. de la obra) y A. Laera (dir. del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina. El brote de los géneros*, tomo 3. Buenos Aires: Emecé.
- Torre, C. (2003), “Los relatos de viajeros”. En N. Jitrik (dir. de la obra) y J. Schvartzman (dir. del volumen), *Historia crítica de la literatura argentina. La lucha de los lenguajes*, tomo 2. Buenos Aires: Emecé, 517-538.
- Wilde, G. (2008), “Imaginario contrapuestos de la selva misionera. Una exploración por el relato oficial y las representaciones indígenas sobre el ambiente”. En G. Alvarado Merino et al., *Gestión ambiental y conflicto social en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, 193-225. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/alimon/08wilde.pdf>.

¹¹ Holmberg comienza con estas palabras: “Acabamos de asistir, hace pocos minutos, al despliegue de una serie de cuadros reveladores de una región maravillosa, donde se oye sin cesar el rumor de las lianas y palmeras bajo el látigo del viento de la montaña, donde cantan los boyeros y calandrias el himno de un amor sin cesar renaciente, como si hubiera un Fénix escondido en cada una de sus fibras”... (2000: 201).